

Fabián Guerrero Obando
el radiante guiño
del insomne



 eskeletraeditorial

El radiante guiño del insomne de Fabián Guerrero Obando: lenguaje y encarnación vital

El radiante guiño del insomne, de Fabián Guerrero Obando: lenguaje y encarnación vital

En los libros que conozco de Fabián Guerrero (que entiendo son la mayoría de los que ha publicado), los poemas sitúan al menos tres tradiciones en convergencia: el simbolismo minimalista, el expresionismo y, de manera lateral, un lirismo de resonancias más emotivas y biográficas.

Así, el simbolismo retoma ciertos elementos de la tradición alquímica u órfica para templar un cosmos más o menos autotélico que, de algún modo subyacería a la vulgaridad del mundo. Árboles, aves, ríos, cielos, estrellas forman parte del repertorio verbal característico de la poesía de tradición simbolista. Cierta poesía francesa (Mallarmé, André du Bouchet), italiana (Ungaretti), española (José Ángel Valente) o latinoamericana (Pizarnik) han insistido en este ejercicio de la contención y la cesura. La imagen pareciera remitirse a sí misma y explorar la hondura de la imagen hermética y el sentido visual de los blancos en la página. De esa artillería verbal, Guerrero

toma en particular el tema de la noche (que aparece en autores tan disímiles como Ungaretti y Virgilio Piñera) y la coloca como eje vertebrador de estos poemas que, de algún modo, forman un solo canto extenso, un largo y espectral canto sobre un sujeto que vive el insomnio, que es vivido por el insomnio y que trasunta los pliegues de ese insomnio en estado entre replogado y alucinatorio. La noche funciona como una especie de teatro de operaciones de la experiencia vital, casi a contrapelo de los lenguajes audiovisuales e hipertextuales que constituyen la matriz semiótica de esta época.

Hay una renuncia, para poder mirar el hueso. En varios sentidos, Guerrero es consciente de que el poema carece de lugar alguno en la vida social e incluso cultural de este tiempo de la humanidad, y nos muestra este escenario simbólico —algo lóbrego, ciertamente— donde el poema coexiste consigo mismo, con su soledad como objeto de lenguaje. La belleza de estos fragmentos radica, creo, en esa intemperie que Guerrero consigue conjuntar como viñetas de una historia que no se cuenta, que

parece estar soterrada, desfigurada, aunque claramente aludida por horas y fechas donde algo parece acontecer, al mismo tiempo como experiencia de vacío y como experiencia de sentido.

La segunda tradición que yo logro identificar en estos textos es el expresionismo. Si el simbolismo profundizaba en la aleación entre lo simbólico y lo metafórico (es decir entre aquellas estructuras alegóricas que dan consistencia a la vida diaria y las imágenes que, apelando a esas estructuras, surgen de la mente del autor), el expresionismo toma la relación entre los símbolos y lo visceral. El conocido poema de Gottfried Benn donde parece una flor al interior de un cuerpo inerte es un ejemplo emblemático de este entendimiento de la lírica. Con frecuencia, en la poesía de Guerrero –por ejemplo en *Las partes* o en *El viaje*– el cuerpo parece entrar y salir del lenguaje, pero no como una entidad erótica o unitaria, sino como un troceo de fragmentos. Algo similar ocurre en este libro, aunque más atenuado. Así, por ejemplo, cuando el poeta dice “cabeza pinchada” o “garganta”.

Las imágenes que Guerrero emplea en este registro expresivo logran recordarnos que la clásica dicotomía entre lo sublime y lo grotesco muchas veces es más una sobre determinación cultural que nos propone la negación del cuerpo. Guerrero Obando más bien incluye el cuerpo como un motivo crítico y de radical agnosticismo frente al idealismo del mero símbolo. Hay un contrapunto muy sugerente allí.

Estos motivos expresionistas aparecen enlazados y desenlazados a lo largo de *El radiante guiño del insomneen un cuerpo que pendula entre la auscultación metafísica de la noche y el desencaje del cuerpo respecto a sus propias extremidades y sentidos*.

Finalmente, la tercera tradición que sostiene este poema largo, este canto del ojo neurótico a través de la noche oblicua, es el lirismo. El poema depende del impulso emotivo de la experiencia autoral y se configura a través de un fresco cercano a la biografía. El yo es el eje central del lirismo y las experiencias referidas aparecen nucleadas alrededor de un sujeto

poético más o menos coincidente con el autor. Aunque el lirismo parece dominar el verbatim poético del volumen, lo interesante del libro de Guerrero es que el simbolismo atizado en las imágenes nocturnales y el expresionismo visceral sitúan la experiencia emotiva en coordenadas inusuales e inesperadas.

Este cuerpo que pareciera vagar en una habitación, a veces espectralmente, a veces de manera melancólica, a veces al filo de la desintegración, parece a momentos desdoblarse en una especie de personaje alquímico o quirúrgico que parece estrictamente propio y profundamente singular. Esa aleación -me parece- logra configurar el momento más expresivo de la

poesía de Fabián Guerrero que es éste guiño del insomne, espectral, caudaloso, triste, abisal, irónico.

Las citas a nombres propios de la cultura literaria señalan una búsqueda dialógica, levemente culturalista, que le da todavía más singularidad al libro que estoy comentando. Son de algún modo trazas, cicatrices de una experiencia que es a la vez lenguaje y encarnación vital.

En todos esos marcos de referencia aparece el brillo y el vacío, ese lugar desde el que Fabián Guerrero ha construido este sugerente y singular libro.

Juan José Rodinás